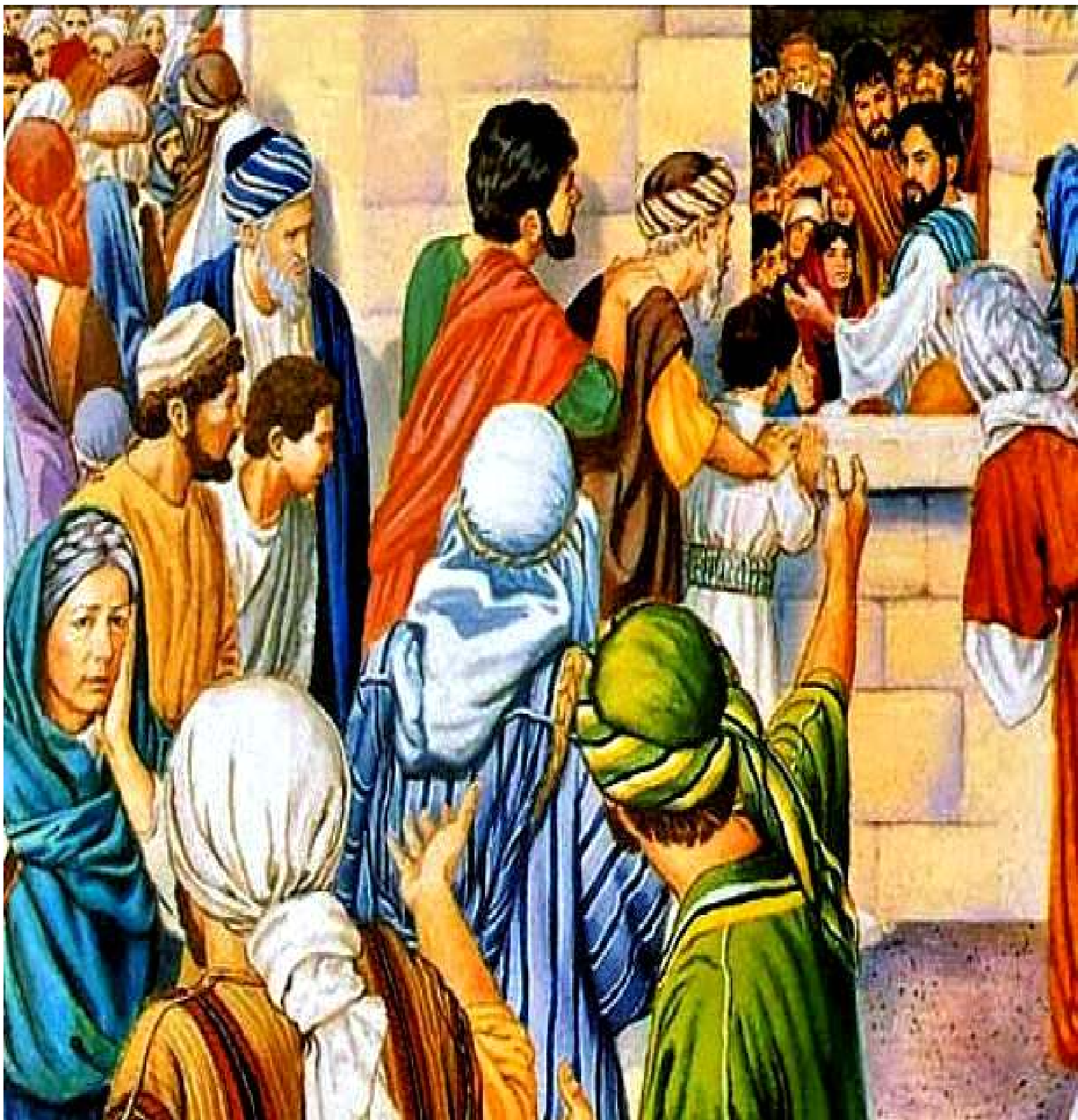


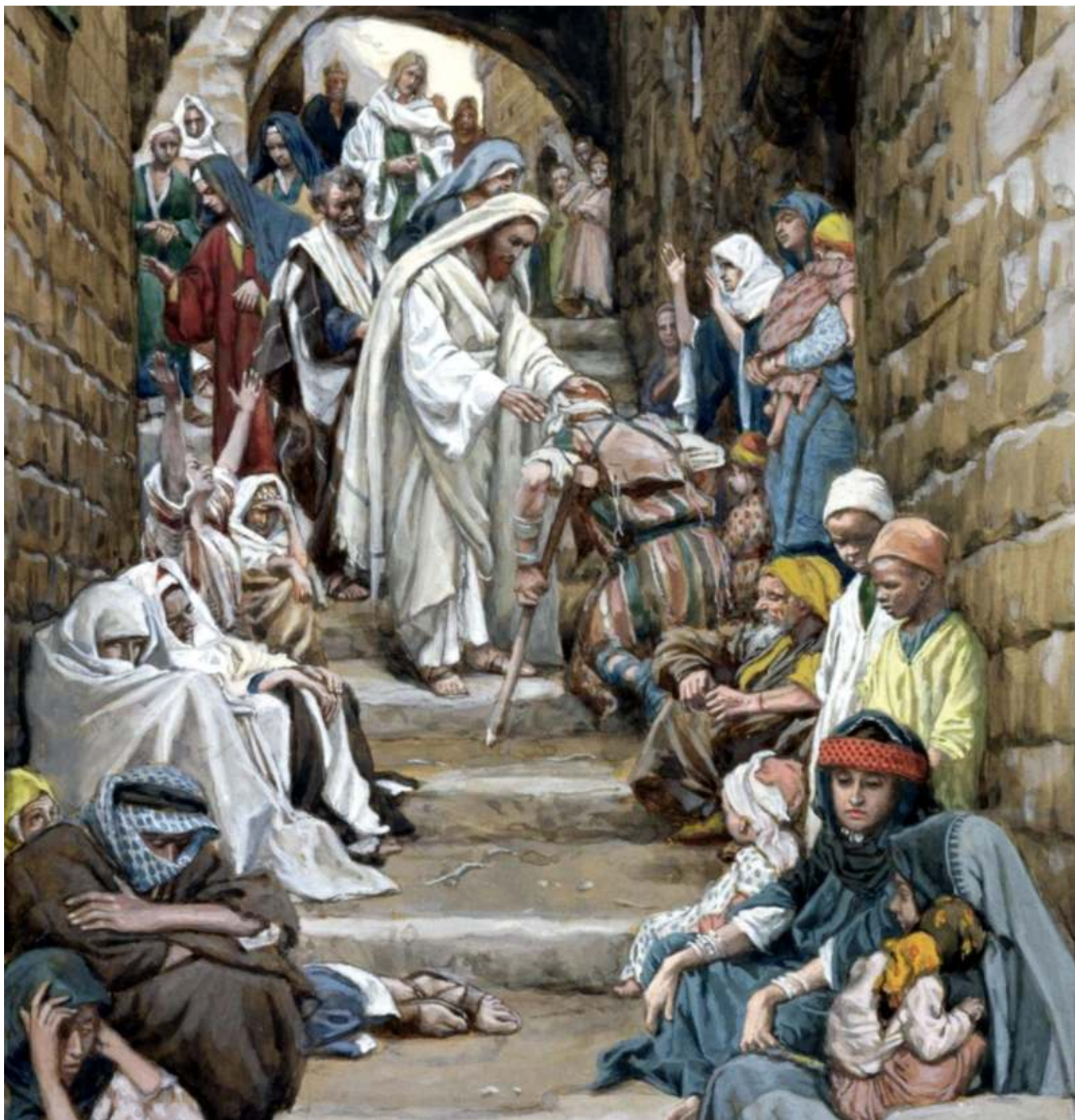


***POR ENCIMA,
Y MÁS ALLÁ DE
CUALQUIER LAZO
FAMILIAR, ESTÁ
LA FRATERNIDAD
DEL REINO***

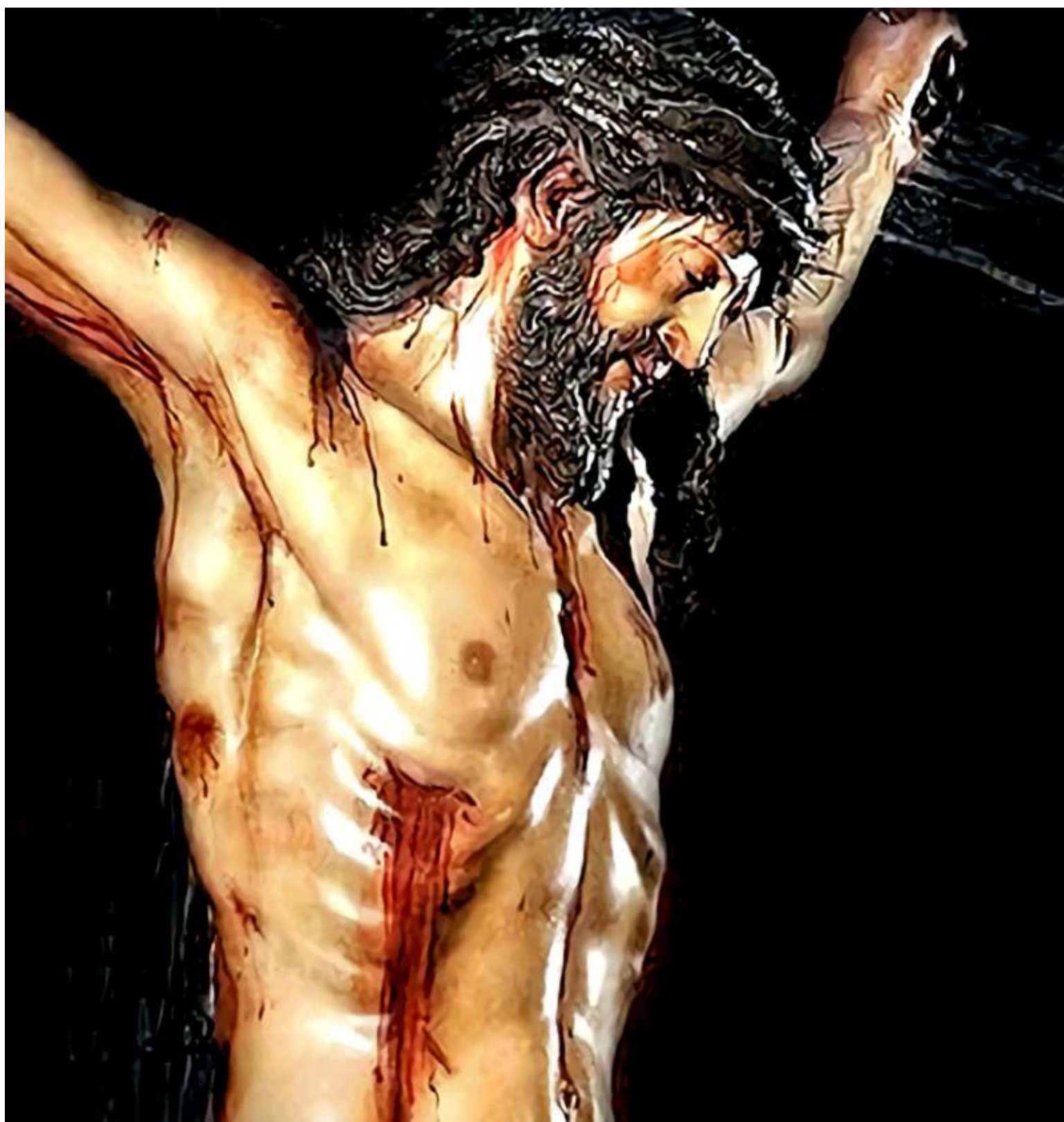


Marcos 3,20-21

**Sus familiares
vinieron a
llevarse a Jesús
porque se decía
que estaba fuera
de sí.**



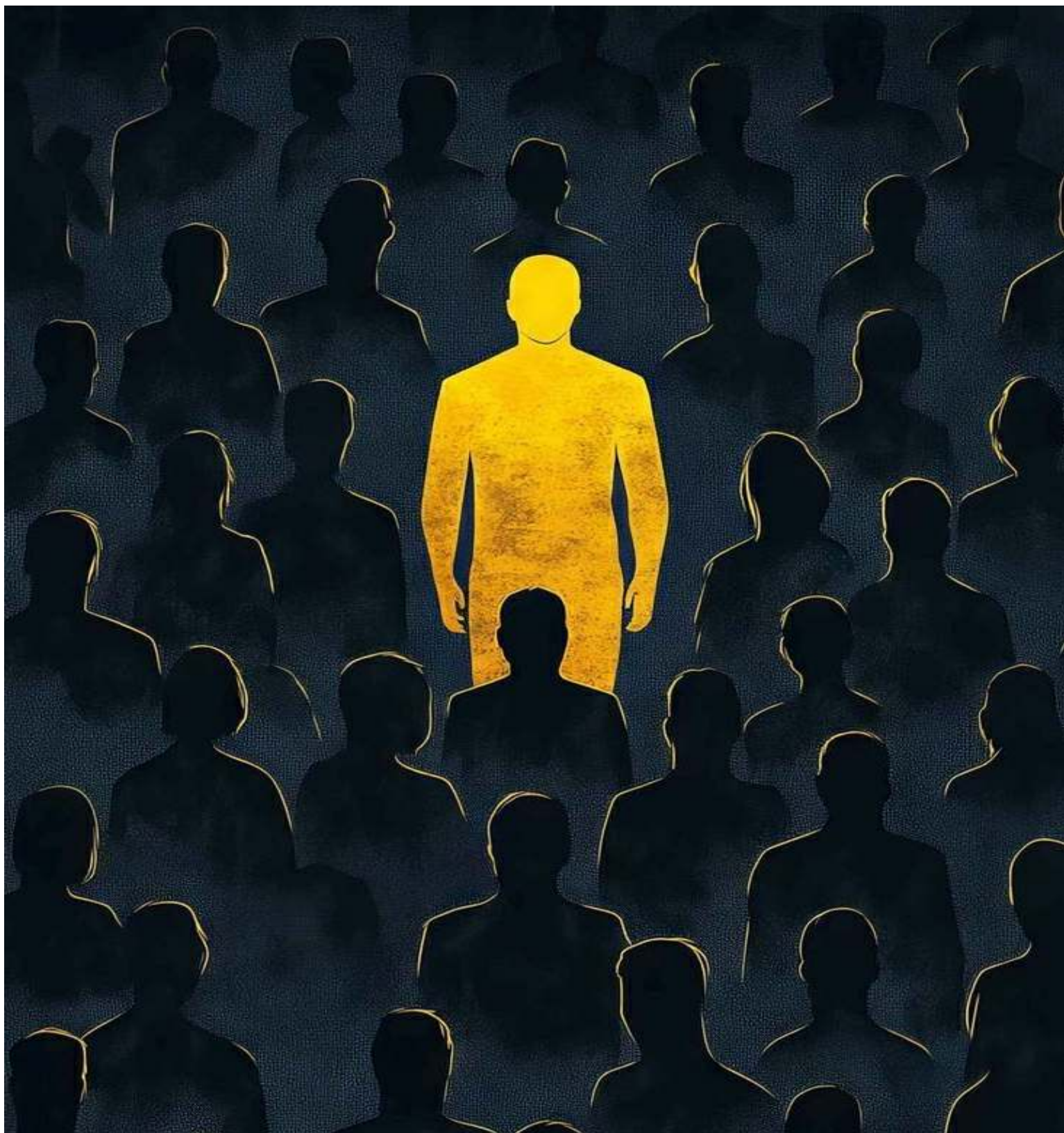
Jesús, entregado al Padre y a la misión que este le confía, aparece como alguien que no se pertenece a sí mismo. No tiene medida en su entrega, en su amor. Lo da todo y no se reserva nada. Sus familiares están preocupados porque a Jesús todo se le estaba yendo de las manos. Y es que quien “saca los pies del tiesto”, para bien o para mal, nos incomoda y desajusta.



Jesús vivió “fuera de sí”, se olvidó de sí mismo y se dejó invadir por los demás al vivir pendiente de hacer la voluntad del Padre. Derramar la sangre significa en realidad entregar la vida, y eso es lo que Jesús hacía día a día y hora a hora. Y este es también el camino del discípulo de Jesús: el del amor hasta el extremo de dar la vida por aquellos que Dios nos encomienda aunque no nos entiendan ni los de nuestra propia sangre.



Jesús no trae neutralidad ni paz a cualquier precio. Vivir la fe no es decorar la vida con un poco de religión. Vivir la fe comporta elegir a Dios como criterio-base de la vida, y Dios no es no es una cosa abstracta, vacía: Dios es amor. Después de que Jesús vino al mundo no se puede actuar como si no conociéramos que Dios es misericordia, fidelidad, vida que se dona a todos nosotros.



Seguir a Jesús comporta renunciar al mal, al egoísmo, y elegir el bien, la verdad, la justicia, incluso cuando esto requiere sacrificio y renuncia a los propios intereses. Y esto divide; incluso las relaciones más cercanas. Pero no es Jesús quien divide. Él pone el criterio: vivir para sí mismos o para Dios y los demás; hacerse servir o servir; obedecer al propio yo u obedecer a Dios. Es en este sentido que Jesús es “signo de contradicción”.

**Nuestra casa y familia
es el corazón de Dios:**



nadie queda fuera de él.